

# NUEVOS MARCOS DE SEGURIDAD REGIONAL EN EL GOLFO PÉRSICO/ARÁBIGO

**David Hernández Martínez**

Universidad Complutense de Madrid

[d.hernandez@ucm.es](mailto:d.hernandez@ucm.es)

**Nota biográfica:** profesor en Relaciones Internacionales, Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Grupo de Investigación: La Sociedad Internacional del Siglo XXI: seguridad, desarrollo y comunicación internacional. Miembro del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneo. Líneas de trabajo: estudios de seguridad y gobernanza en el golfo Pérsico/Arábigo, política exterior de España hacia el mundo árabe.

**Resumen:** La región del golfo Pérsico/Arábigo tiene una relevancia significativa en la seguridad y estabilidad del sistema internacional. El área se encuentra inmersa en un proceso de profundas transformaciones, que es reflejado en distintas crisis y conflictos. El trabajo analiza los nuevos marcos de seguridad regional planteado en diferentes dimensiones. En primer término, la presentación de los principales temas y problemas que marcan la agenda de seguridad en el golfo Pérsico/Arábigo. En segundo lugar, las características principales de las políticas de seguridad y defensa de Irán, Irak y monarquías árabes (Arabia Saudí, Bahréin, Omán, Qatar, Kuwait y Emiratos Árabes Unidos). En último lugar, la incidencia de las principales potencias extranjeras (Estados Unidos, China, Rusia o Unión Europea) en el período comprendido 2011-2021.

**Palabras clave:** seguridad regional; golfo Pérsico/Arábigo; Irak; Irán; monarquías árabes

**Abstract:** The Persian/Arabian Gulf region is relevant to the security and stability of the international system. The neighborhood is immersed in a process of deep transformations, which is reflected in different crises and conflicts. The paper analyzes the new regional security frameworks in various levels. First of all, the main issues on the security agenda in the Persian/Arabian Gulf. Secondly, the central characteristics of the security and defense policies of Iran, Iraq and Arab monarchies (Saudi Arabia, Bahrain, Oman, Qatar, Kuwait and the United Arab Emirates). Lastly, the role of foreign Powers such as United States, China, Russia or the European Union in the period 2011-2021.

**Keywords:** regional security; Persian/Arabian Gul; Iraq; Iran; Arab monarchies;

## Introducción

La región del golfo pérsico/arábigo tiene una importancia destacada para la seguridad y estabilidad internacional. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial ha sido un entorno clave en el desarrollo y preservación del statu quo global. Las razones de su relevancia se deben a varios factores geoestratégicos. En primer lugar, la posición geográfica, ya que es punto de comunicación clave de las vías terrestres y marítimas entre Asia-África-Europa. En segundo término, el destacado protagonismo en el sector energético, puesto que se localizan una de las mayores reservas de petróleo y gas de todo el mundo, al que suma la especial incidencia de importantes rutas marítimas en torno al *choke point* del estrecho de Ormuz. En último punto, la trascendencia política, económica y cultural (religiosa) de los países que lo conforman, que suponen elementos determinantes no solo para el devenir Oriente Medio y la esfera musulmana, sino de la Sociedad Internacional.

Los primeros 20 años del siglo XXI están marcados por numerosos acontecimientos en la región, que introducen profundas transformaciones y fracturas en el orden local. Cabe destacar el impacto del auge yihadista tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11S), la guerra de Irak en 2003 o el programa nuclear iraní entre otros. Sin embargo, es a partir de revueltas antiautoritarias denominadas primavera árabe de 2011, cuando se agudizan cambios en el contexto regional que impactan en la propia seguridad de los países. En el período de 2011-2021 se produce un aumento de la rivalidad entre Irán y algunas monarquías como Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos (EAU); la crisis dentro del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) con Qatar; la aproximación de algunos regímenes árabes hacia Israel; la fragilidad interna iraquí y la incidencia de nuevos actores terroristas; el impacto de nuevos puntos de guerra en las proximidades: Siria y Yemen.

En este complejo e inestable contexto del golfo pérsico/arábigo se añade dinámicas internacionales. Por un lado, la variación en las estrategias y prioridades de potencias extranjeras, donde cabe destacar el objetivo de EEUU de pivotar hacia Asia Pacífico, restando presencia en Oriente Medio. Por el contrario, hay que señalar el papel creciente de Rusia y China en la zona, que va más allá de las estrechas relaciones con Irán, que los lleva a situarse en una posición preferente para muchos de los agentes del entorno. Por otro, las transformaciones que están ocurriendo en el ámbito económico, comercial y energético mundial, que generan una reformulación completa de las agendas exteriores y los modelos de desarrollo de los países de la zona. En la misma línea, la crisis institucional y normativa del orden internacional también incide en las percepciones de amenaza y oportunidad de estos regímenes, lo que tiene resultados directos sobre la estabilidad local.

El artículo busca ahondar en las dinámicas de cambio en el golfo pérsico/arábigo y, más concretamente, en aquellos factores que propician un marco de seguridad regional diferente al de épocas pretéritas. Con todo ello, los países de la región están abordando estos desafíos a sus propios intereses y estabilidad de formas variadas, donde confluyen objetivos en ocasiones complementarios, pero también agendas políticas y securitarias divergentes, que impulsan un clima de mayor rivalidad y animosidad. En resumen, las seis monarquías árabes, Irán e Irak muestran escasos espacios de concertación y diálogo, que les permita enfrentar los problemas generales de forma más o menos coordinada. Las fracturas geopolíticas abiertas desde 2011 representan un punto de inflexión en el entorno y constituyen un elemento más de inferencia sobre la Sociedad Internacional.

## **Agenda de seguridad regional**

### *Ruptura social y política*

El primer elemento de la agenda de seguridad regional es la ruptura social y política. Las revueltas árabes de 2011 tuvieron un impacto menor en el golfo pérsico/arábigo, ya que la mayoría de los países fueron capaces de controlar o reprimir cualquier atisbo de oposición. No obstante, conatos de revueltas se dieron ese mismo año en Bahréin, como en Irak entre 2019-2020. En el primer caso, las movilizaciones constituyeron un auténtico desafío para la monarquía de los Al-Khalifa, que solo pudieron contener con la intervención y asistencia de sus aliados del CCG (Ulrichsen, 2014: 337-338). Una nueva ola de revueltas sacudió Oriente Medio y el norte de África siete años después, teniendo una resonancia señalada en Irak. Las protestas tuvieron un carácter transversal, sobreponiéndose a diferencias sectarias, que sirvieron para evidenciar el malestar de gran parte de la población hacia el sistema político heredado tras 2003 y sus principales líderes.

Bahréin e Irak representan dos escenarios de alteración política y social, que deja en evidencia la profunda fractura entre amplias capas de la ciudadanía y el poder vigente. Un elemento de amenaza constante para los regímenes locales, que perciben el orden interno amenazado por actores difícilmente identificables. La mayoría de los Gobiernos han reforzado sus mecanismos de control, pero eso no es óbice para que exista una presión creciente hacia unos sistemas incapaces de responder a las nuevas reivindicaciones y necesidades. La denominada primavera árabe de 2011 pone en evidencia las estrechas interdependencias que existen entre las distintas sociedades. Cualquier acontecimiento puede tener rápidamente su corolario en otros países, lo que genera una permanente sensación de inseguridad entre los dirigentes nacionales. El dilema que abordan es el de intentar adaptar sus estructuras rígidas de poder a las exigencias ciudadanas.

### *Fragilidad interna en Irak*

La segunda gran dinámica de inseguridad regional responde específicamente al contexto interno de Irak. Aunque es un fenómeno previo al año 2011, sin embargo, su impacto es notable a lo largo de la última década, sobre todo, ya que sirve de espacio de potencias regionales e internacionales (González del Miño, 2018: 747-748). El escenario iraquí se convirtió así en centro de conflictos multidimensionales. Por un lado, diversas fuerzas insurgentes contra el despliegue militar extranjero. Por otro, el auge de diversos grupos terroristas, que no solo perseguían intereses extranjeros, sino también el enfrentamiento contra las autoridades nacionales y otras facciones iraquíes. Coaligado con ello, cabe resaltar el grado de sectarismo que alcanzó el conflicto iraquí, especialmente, entre 2010-2014, donde distintas milicias intentaron capitalizar el poder político y territorial según connotaciones religiosas. Estas diferencias internas quedaron también reflejadas en la fricción entre las fuerzas gubernamentales y las del Gobierno Regional del Kurdistán.

La injerencia de potencias extranjeras es clave para comprender la complejidad social y política de Irak entre 2011-2021. La rivalidad existente entre el régimen iraquí e Irán, que desembocó en la larga guerra de la década de los ochenta, desaparece con la caída de Saddam Hussein. Teherán aprovecha el contexto para ampliar su presencia militar, económica y política. La inestabilidad iraquí desencadena también una respuesta de las monarquías árabes, que temen que la inseguridad se extienda a sus fronteras, así como la

influencia iraní. Arabia Saudí, EAU y Qatar asumen un papel destacado bajo una estrategia bidireccional. Primero, apoyando al Gobierno nacional y favoreciendo unas mayores interdependencias económicas, utilizando inversiones y ayudas con una fuerte condicionalidad política. Segundo, establecer diversas alianzas con grupos, facciones y agentes locales, que los sitúan entre los principales valedores de los líderes kurdos.

#### *Amenaza yihadista y radicalismo*

El tercer componente de la agenda regional es la amenaza yihadista, que se encuentra en parte vinculada a la situación en Irak. La acción terrorista en el golfo pérsico/arábigo se intensifica tras el 11S, sin embargo, adquiere una nueva dimensión a partir del año 2014-2015 con la irrupción del Estado Islámico en Irak y Siria. Los efectos más directos son la aparición de un nuevo agente terrorista con una alta capacidad de actuación, que significa una nueva amenaza directa para los regímenes y sus sociedades. El Estado Islámico tiene serias diferencias ideológicas y operativas con Al Qaeda, aunque pueden compartir determinados objetivos políticos. El rápido auge de esta nueva organización tiene otro tipo de implicaciones para los Gobiernos nacionales, ya que supone un peligroso elemento de atracción para determinados segmentos de la población. La radicalización se vuelve a convertir en una preocupación de las agendas domésticas y regionales.

El terrorismo yihadista tiene varias implicaciones para la seguridad de la zona y en las relaciones entre países. Primero de todo, desde inicios del siglo XXI en amplios sectores de Occidente se señala la posible connivencia de determinados regímenes locales con facciones radicales y grupos terroristas. En este sentido, son claras las presiones externas y, particularmente, por parte de EEUU para que monarquías como Arabia Saudí reforzarán sus medidas de control (Bin Hethlain, 2010, pp. 285-288). Segundo, en la agenda de Al Qaeda o el Estado Islámico los líderes de la región constituyen un objetivo central, ya que no solo proyectan acciones contra potencias, sino también sitúan como prioridad de su acción a los sistemas políticos establecidos. Tercero, la amenaza terrorista también es utilizada por las propias autoridades para legitimar la represión ante su población, así como justificar ciertas rivalidades y tensiones con terceros países.

#### *Amenaza nuclear*

La cuarta dinámica que marca la agenda de seguridad regional es el programa nuclear de Irán, que supone uno de los elementos más disruptivos para el conjunto del entorno y el propio orden internacional. El programa de energía nuclear ha estado presente históricamente en la agenda política de los diferentes Gobiernos iraníes, incluso durante el Sha de Persia y posteriormente con la constitución de la República Islámica. Sin embargo, en la presidencia de Mahmud Ahmadineyad (2005-2013) se anuncia la intención de retomar estas actividades energéticas, que cuentan con la oposición de la Comunidad Internacional. Esta crisis se produce inicialmente en un contexto donde la Administración estadounidense de George Bush había señalado a Irán como uno de los grandes peligros a la seguridad internacional, bajo el apelativo del “eje del mal” (Katzman, 2004, pp. 10-12), aunque la postura de la Casa Blanca ha ido variando a lo largo de la última década.

En la presidencia de Barack Obama (2009-2016) se observa un acercamiento entre EEUU y otras potencias internacionales hacia Irán con el objetivo de frenar una posible escalada. El resultado es el Plan de Acción Integral Conjunto (JCPOA) de julio de 2015, que supone

un nuevo marco de relación entre Teherán y los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y la UE. Este acuerdo fue duramente criticado por regímenes locales como Arabia Saudí, que lo consideraban un reforzamiento de las posiciones políticas del poder iraní. Sin embargo, bajo el mandato de Donald Trump (2017-2021) la posición estadounidense volvió a ser coercitiva con Irán hasta el punto de abandonar el pacto en 2018. No obstante, la aproximación vuelve a darse con la llegada al poder de Joe Biden, que busca retomar la línea de acción marcada por el presidente Barack Obama, aunque la amenaza nuclear sigue estando presente en la agenda regional.

### *Rivalidad geopolítica regional*

El quinto factor que condiciona la agenda de seguridad regional es la rivalidad geopolítica entre los Estados, sobre todo, entre Irán y Arabia Saudí. Las relaciones entre los países se tornan cada vez más intrincadas debido a la fractura del statu quo de la zona, que había servido a finales del siglo XX y principios del XXI (Hernández, 2019: 250-251). El contexto se torna de alta rivalidad, donde los diferentes regímenes intentan asegurar sus intereses y mejorar sus cotas de influencia. La política exterior adquiere una naturaleza distinta según cada autoridad nacional. Para Kuwait, Irak, Bahreín y Omán, la estrategia regional será la de mantener posicionamientos ambiguos y comedidos, que les permitan verse lo menos afectados por las crisis de alrededor. Sin embargo, para los líderes iraníes, saudíes, qataríes y emiratíes es imprescindible desarrollar nuevas acciones en el entorno, que les ayude a aumentar su capacidad de condicionar las grandes dinámicas de la región.

El contexto de brecha en el orden de Oriente Medio y golfo pérsico/arábigo tiene una de sus representaciones más destacada en la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí. Los dos países utilizan la religión como factor discursivo para justificar sus diferencias, aunque realmente la colisión se produce por motivaciones geopolíticas. Ambos regímenes necesitan de una posición hegemónica en el entorno regional para garantizar su propia estabilidad. En el mismo sentido operan Qatar y EAU, quienes buscan aumentar su independencia y autonomía estratégica, desempeñando un papel creciente en las crisis más relevantes de la región. La consecuencia directa es que los márgenes de vulnerabilidad y amenaza aumenta, ya que no existen posturas consensuadas para establecer una agenda común o mecanismos de cooperación, que permitan la resolución de problemas de forma conjunta. Esta situación conduce a otros elementos de inseguridad.

### *Militarización del golfo pérsico/arábigo*

La sexta dinámica en el golfo pérsico/arábigo que cabe nombrar es el de la militarización y carrera armamentística, que viene en gran medida inducido por los factores anteriormente mencionados. En el primero de los casos, el mayor número de focos de conflicto y amenazas genera una interpretación desfavorable del contexto sociopolítico, que conduce a los regímenes locales a impulsar un mayor grado de acción militar tanto en su política exterior como en su política doméstica. Por un lado, se refuerzan los mecanismos de control y represión sobre las poblaciones locales, donde se introducen elementos de asociación entre la oposición y el terrorismo. Asimismo, se construye y revitaliza toda una retórica nacionalista, donde la disidencia es fuertemente cuestionada y castigada. La securitización del orden interno queda aún más manifestado durante la pandemia del Covid19, donde se amplían los mecanismos de control de la población.

El objeto de este alto grado de militarización es evitar que pueda surgir una nueva primavera árabe en la zona, así como la injerencia de terceros actores. Esta tendencia se acompaña con una fuerte carrera armamentística, que lleva produciéndose prácticamente desde inicios del siglo XXI (Hassan, 2020: 405-407). Países como Arabia Saudí, EAU u Omán se encuentran entre las economías que mayor gasto en defensa están realizando en el mundo en los últimos años. La urgencia de estas medidas viene dada por varias causas. Primero, el impacto de la guerra de Irak y la inestabilidad generalizada en Oriente Medio. Segundo, la interpretación negativa sobre la política regional de Irán y sus operaciones en el extranjero, así como su programa nuclear y las importantes capacidades balísticas que tiene. Tercero, la estrategia de pivote hacia Asia Pacífico de EEUU, que induce a sus tradicionales aliados a reducir su dependencia militar de la presencia estadounidense.

### *Crisis institucional de defensa colectiva*

Las disparidades de intereses entre los países y el elevado grado de militarización de la zona quedan traducidas en el séptimo problema de seguridad: la fractura institucional y colectiva. El mayor ejemplo de cooperación política, económica y de defensa es el CCG, creado en 1981 con el propósito inicial de establecer un marco de defensa colectiva frente a Irán e Irak. No obstante, la organización fue adquiriendo un cariz más económico, impulsado una importante área de integración regional. Sin embargo, la coordinación en aspectos clave entre sus seis miembros nunca fue del todo elevado, como es el caso de política de defensa o exterior. El bloqueo sobre Qatar en 2017 (González del Miño y Hernández, 2021: 7-8), liderado por Arabia Saudí y EAU provocó que el Consejo quedará prácticamente paralizado durante cuatro años. En enero de 2021, volvió a celebrarse una reunión al más alto nivel, pero los problemas entre los socios siguen estando presentes.

La crisis qatarí puso de relieve las serias diferencias entre las monarquías árabes. En el trasfondo, queda deteriorado el único espacio de defensa y seguridad colectiva que existía en la zona. Este conjunto de países mantenía sus estrategias bajo la línea de cooperación del CCG y la alianza con EEUU, dos elementos que comienzan a desaparecer. La paralización de la organización no ha generado que se busquen nuevos marcos institucionales, que facilitarían además la inclusión de Irán o Irak. De hecho, Arabia Saudí intentó impulsar en 2017 una particular alianza de seguridad con una treintena de países musulmanes, donde no se incluía ni a Siria ni a los regímenes iraquí e iraní. El problema es que no existe ningún tipo de estructura o marco regional que facilite reducir los márgenes de desconfianza e incertidumbre. Tampoco espacios para la aproximación entre países, particularmente una vía de comunicación consolidada entre Riad y Teherán.

### *Alianzas líquidas en la zona*

La octava dinámica con impacto destacado en la agenda de seguridad regional es la variación de alianzas, que se encuentra muy vinculada con la crisis institucional de defensa colectiva. Las crisis y creciente rivalidad. Los conflictos surgidos en el entorno han generado una nueva redefinición de prioridades para cada régimen local. Aquellos países que han optado por políticas exteriores más proactivas y beligerantes se encuentran en numerosos escenarios compitiendo con terceros Estados, lo que induce a un contexto de mayor tensión y fricción. Los ejes o posibles bloques políticos que existían previamente al año 2011 quedan parcialmente difuminados. Cada circunstancia o problema supone una constante adaptabilidad de las estrategias de los países por seguir

manteniendo ciertas cotas de poder e influencia (Soler i Lecha, 2016: 148-149). Las relaciones entre los principales actores de la zona se tornan cada vez más complicadas.

La situación de seguridad en el golfo pérsico/arábigo no se resume exclusivamente en la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán, aunque ambos regímenes intentan a lo largo de la última década marcar sus propias zonas de influencia. Sin embargo, el resto de los agentes estatales buscan preservar cierta autonomía e independencia política. De esta forma, se puede observar, por ejemplo, que no todos los miembros del CCG mantienen una relación conflictiva con Irán. De igual manera, el propio Gobierno iraquí, kuwaití u omaní intentan desarrollar difíciles equilibrios entre los dos grandes polos saudí e iraní. Las dinámicas de tensión o distensión se trasladan también hacia otras potencias regionales y extranjeras, como pueden ser Turquía, EEUU, China o Rusia. Los ejes o bloques heredados del siglo XX quedan totalmente obsoletos, donde los espacios de influencia son cada vez más difíciles de circunscribir y movibles según los grandes problemas regionales.

#### *Impacto de otros conflictos regionales*

La mutabilidad de las alianzas políticas entre los países del golfo pérsico/arábigo no solo queda reflejado en sus relaciones entre sí y con potencias extranjeras, sino también en los grandes conflictos de Oriente Medio en los últimos años. El desarrollo de la guerra en Siria, Yemen, Libia o Afganistán tienen un impacto directo en la estabilidad y seguridad regional, lo que incide directamente en las estrategias de seguridad de las monarquías árabes, Irán e Irak. Estos escenarios sirven a dichos regímenes para trasladar su rivalidad, desarrollando una especie de maniobra de *proxy war*, que les permite especializarse en el apoyo (económico, militar, político...) a diferentes facciones y actores internos- *proxy forces*- implicados directamente en la guerra. El respaldo a este tipo de agentes y la búsqueda de solución a los conflictos persistentes en la región condiciona también el tipo de relaciones, márgenes de confianza y de amenaza que se genera entre los regímenes.

En el caso de Afganistán, el ascenso al poder de nuevo de los talibán genera cierta incertidumbre entre las potencias del golfo pérsico/arábigo, aunque lo que se prioriza es ganar influencia en un país marcado por el conflicto durante más de veinte años (Calvillo, 2022: 97-98). En otro punto, Yemen emerge como un importante foco de inseguridad para países como Arabia Saudí y EAU u Omán, sobre todo, por la capacidad balística de los rebeldes hutís. En este sentido, Siria y Libia son los escenarios que más han atraído la atención de potencias extranjeras. En estos casos se observa la disparidad de estrategias de saudís, emiratís, qatarís o iraníes, que los lleva a respaldar a diferentes actores dentro de la contienda. Todos los países presentes de una forma más o menos directa en territorio sirio, libio, yemení o afgano pretenden ejercer influencia sobre el contexto político interno, convirtiéndose en parte relevante de cualquier solución a problemas locales.

#### *Control estratégico de Ormuz*

La décima cuestión de la agenda de seguridad que puede ser señalada es el control del estrecho de Ormuz. Es considerado el *choke point* de petróleo más importante del mundo, ya que aproximadamente 20,3 millones de barriles al día circulan por el enclave, es decir, en torno al 21% del petróleo líquido global según estadísticas oficiales de *U.S. Energy Information Agency* (EIA) en 2019. La relevancia no solo es para los mercados e industrias globales, sino también para el desarrollo de los propios países de la zona, que

siguen ligando gran parte de su producto nacional y riqueza a la producción extractivista de los hidrocarburos. Un bloqueo sobre este paso natural marítimo podría llegar a tener duras consecuencias para la evolución económica interna e internacional, más aún, en el complicado contexto creado tras la pandemia del coronavirus y por los problemas energéticos derivados de la invasión de Ucrania por parte de Rusia en 2022.

Existe una condicionalidad entre el golfo pérsico/arábigo, el estrecho de Ormuz, el golfo de Adén, el estrecho de Bab el-Mandeb, el mar Rojo, los estrechos de Tirán y el canal de Suez. Cualquier crisis en uno de estos puntos tiene un efecto directo en la seguridad regional, así como para el conjunto de la Sociedad Internacional. En los últimos años se han repetido los incidentes navales en los contornos de la península arábiga. Por ello, la guerra en Yemen se desenvuelve especialmente en la costa oeste del país y en el control de puertos estratégicos. La inseguridad a un posible bloqueo marca en gran medida la doctrina de regímenes como el iraní (Nadimi, 2021), donde la superioridad de fuerzas marítimas representa un eje central de las actuales tensiones. Al igual que ocurre en otros *choke point* del mundo, el dilema se da entre garantizar un control real de los mares adyacentes frente al interés de otros Estados y potencias de garantizar el libre paso.

### **Estrategias de actores regionales**

#### *Principios comunes en las estrategias*

Los cambios en la agenda de seguridad regional conducen a una transformación de las estrategias de los países del golfo pérsico/arábigo. Existen importantes diferencias entre los ocho regímenes según los objetivos que persiguen con sus políticas de defensa y seguridad, así como la forma y capacidades utilizados para implementar esos planes en el entorno. No obstante, se dan dos principales características comúnmente compartidas tanto por las monarquías árabes como por Irán e Irak. Por un lado, la percepción de todos los regímenes de que la estabilidad interna está inexorablemente ligada a la evolución del entorno. Por otro, la proyección de comportamientos hacia el exterior prácticamente unilaterales, en la que cada Estado intenta por sus propios medios proveerse de recursos para garantizar su defensa. Tales circunstancias generan un clima de permanente incertidumbre y desconfianza, que imposibilita disminuir los niveles de tensión.

La conexión entre estabilidad interna y seguridad regional está muy vinculada a la propia construcción y desarrollo de los regímenes autoritarios de la zona. Los centros de poder nacionales definen y categorizan sus amenazas e intereses bajo la permanente preocupación de que cualquier incidente trascienda hacia sus fronteras (Domínguez de Olázabal y Hernández, 2021: 23-24). El ámbito regional y el doméstico se encuentran fuertemente entrelazados, lo que genera que los comportamientos de los actores estatales hacia el exterior se encuentran muy condicionados por factores internos. En este sentido, la seguridad y defensa son dos niveles que se solapaban y compartimentan entre sí. Los principios de control y disuasión están tan presentes en la política exterior de los Gobiernos, como en su acción internacional. En un contexto de incesante transformación política y social, las autoridades nacionales se ven sometidas a esta doble presión.

La segunda característica compartida es el fundamento del unilateralismo para la preservación de la seguridad y estabilidad propia. Cada régimen está planteando e implementando sus propias estrategias sin favorecer la concertación de todos los países.

Existen exiguos esfuerzos dentro del seno del CCG y a iniciativa de Arabia Saudí para impulsar ciertos mecanismos de cooperación. Sin embargo, los diferentes países están procurando formas variadas de garantizar sus intereses. Uno de los elementos principales es el impulso de las capacidad militares propias y la diversificación de relaciones exteriores. El propósito es aumentar la autonomía e independencia defensiva ante un posible ataque, así como mejorar los respaldos y apoyos internacionales. Es decir, evitar ante todo una nula competencia de respuesta, así como garantizarse alianzas con terceras potencias, que sirvan de disuasión ante cualquier otro actor que amenace el orden interno.

Diversas experiencias en el pasado y acontecimientos más recientes justifican esta tendencia unilateral. En primer lugar, la invasión de Kuwait de 1990, que supuso un punto de inflexión para las monarquías árabes, ya que fue palpable los desequilibrios militares que existían entre los países de la región. En segundo término, la guerra de Irak de 2003, que supuso una profunda fractura entre EEUU y los aliados árabes, que dejaron de percibir a la potencia estadounidense como un factor estabilizador en la zona (Lacey, 2009, pp. 298- 301). En tercer punto, las revueltas árabes de 2011 y el ejemplo de Bahréin, que enfatizó la necesidad de reforzar ejes con terceros países. En cuarto nivel, la guerra en Yemen desde 2015, que reafirmó a Estados como Arabia Saudí o EAU de emprender sus propias iniciativas militares. En última instancia, la crisis de Qatar 2017, que puso de manifiesto la rivalidad creciente entre los países y la complejidad de las alianzas.

#### *Las diferentes estrategias de seguridad*

Las disparidades de estrategias quedan reflejadas en el planteamiento seguido por cada Estado ante los desafíos internos y regionales. En el caso de Kuwait, el régimen de los Al-Sabah representa una excepción política dentro del CCG, ya que es un modelo imperfecto de monarquía constitucional, donde existe un espacio mayor que en otros países de la zona para la participación política (Khodr, 2014: 287-288). El emirato kuwaití está sometido a la presión e influencia de tres grandes potencias: Arabia Saudí, Irán e Irak, siendo esta última la que históricamente ha mostrado pretensiones anexionistas. Estas circunstancias determinan las dinámicas políticas internas. El Gobierno kuwaití ha aumentado en los últimos años su gasto militar, reforzar sus acuerdos de seguridad con EEUU y mantener un perfil moderado ante las crisis y conflictos del entorno. Kuwait pretende ser un aliado estratégico, pero con la suficiente autonomía política.

Una línea parecida está siguiendo Omán, que es uno de los países del golfo pérsico/arábigo que más gasto militar realiza en la última década, mientras se mantiene ajeno a los grandes focos de conflicto de la región. Al contrario que otras potencias emergentes locales como Qatar y EAU, desde Mascate no se desarrolla una agenda internacional y de defensa proactiva, sino que se plantea sobre todo una estrategia de laxitud y equilibrio (Katzman, 2022: 8-9). El desarrollo de las capacidades de seguridad y militares adquiere un factor de disuasión ante posibles amenazas internas u externas. La mayor preocupación está ante una posible extensión del conflicto en Yemen o la réplica de protestas como en 2011. Sin embargo, al contrario de países como Kuwait y Bahréin, fuertemente ligados a la protección de una potencia extranjera, desde el sultanato omaní se pretender preservar su independencia política bajo el desarrollo de alianzas variables.

Bahréin desarrolla una estrategia muy particular centrada en la estabilidad interna y defensa ante una agresión externa. El archipiélago bahreiní fue el único punto local en

2011 con fuerte contestación social (Matthiesen, 2013: 47-49), que perdura y tensiona el país hasta la actualidad. La monarquía de los Al Jalifa fue incapaz de reprimir las protestas, ligando su propia supervivencia política al apoyo militar de Arabia Saudí y EAU. La traumática experiencia sirvió al régimen para reforzar tres grandes tendencias en su política de seguridad. Por un lado, una alianza inquebrantable con Arabia Saudí, que queda reflejado en su participación en la guerra de Yemen y crisis de Qatar. Por otro, ampliar la alianza de defensa con EEUU, que tiene allí la mayor base naval en la región. Además, intensificar el control y represión sobre la población chií, acusados de ser respaldados por Irán, que es considerado la mayor amenaza para la seguridad nacional.

Qatar es el país del golfo pérsico/arábigo que más se distingue por el desarrollo de una acción exterior compleja y ambiciosa, en contraposición al escaso peso que había tenido en la región. Doha reconoce las limitaciones territoriales, población y otros recursos materiales para hacer frente a una posible agresión externa. Por tanto, su estrategia de defensa no se ha centrado tanto en reforzar sus capacidades militares, debido a su escasa disposición de disuasión, sino más bien en fortalecer su suficiencia política. El emirato qatari pretende destacar como un actor indispensable para la seguridad y estabilidad regional, a través, de una participación en las principales crisis de la región, así como una red diversificada de relaciones y alianzas (Álvarez-Ossorio y Rodríguez, 2021: 114-115). En este sentido, ante el bloqueo de 2017, los qataríes encontraron el decidido apoyo de Irán o Turquía, lo que les permitió hacer frente a la presión de los saudís.

EAU desarrolla una estrategia singular con respecto al resto de socio y rivales del golfo pérsico/arábigo. La federación de emiratos está emergiendo como una potencia considerable en la región. Desde Abu Dhabi se plantea un marco de acción proactivo y multidimensional, que permita preservar su autonomía política y marcar sus propios objetivos en el entorno (Guirado y Gutiérrez de Terán, 2021: 87-88). Para ello, desde los Emiratos se han fortalecido las capacidades militares, siendo uno de los países de Oriente Medio que más gasto está realizando en los últimos años. Asimismo, se fortalece la cooperación con regímenes como el saudí o egipcio. La mayor preocupación es el Estado iraní, con quien mantiene en disputa por el control de varias islas en la costa adyacente, así como un posible bloqueo en el estrecho de Ormuz. No obstante, la participación en el conflicto yemení provoca que hacer frente también al peligro real de los rebeldes hutis.

La estrategia de defensa y seguridad de Irak es la que asume un cariz más interno que externo, ya que, desde la constitución del Estado democrático y federal, las mayores amenazas para el país han procedido de crisis y conflictos desarrollados dentro de sus fronteras. La fragilidad institucional ha conducido a una alta dependencia de la ayuda y asistencia militar de terceros países, donde cabe destacar la inferencia de EEUU e Irán. La caída del régimen de Saddam Hussein condujo a una importante desestructuración de Fuerzas Armadas y policía (Pffner, 2010: 80-81). Las grandes amenazas están localizadas en tres ámbitos: terrorismo, tensión sectaria y división territorial. Primero, debido al protagonismo del Estado Islámico entre 2014-2017. Segundo, las luchas entre diferentes facciones, que crean sus propias estructuras paramilitares. Tercero, el enfrentamiento directo con las fuerzas del Gobierno Regional del Kurdistán en 2017.

Arabia Saudí protagoniza uno de los cambios en materia de defensa y seguridad más significativos en la región, ya que la doctrina Salman introducida desde 2015 por el

príncipe Mohammed bin Salman supone una profunda transformación de sus medios y objetivos (Hernández, 2022: 35-36). Los príncipes saudís hacen una interpretación negativa de los acontecimientos en el entorno y consideran verdaderamente cuestionado su status de líderes regionales. Por ello, emprenden una política exterior y de seguridad más proactiva y militarista, donde el despliegue de las capacidades y recursos de índole militar se hace con un cariz preventivo y disuasorio. Desde Riad se plantea una estrategia unilateral, que busca atraer a otros aliados regionales, pero no sin caer en la dependencia política de potencias extranjeras. Sus principales amenazas son Irán, grupos yihadistas y radicales, milicias hutis en Yemen, así como focos de contestación y crítica interna.

Irán constituye la principal potencia militar local, a pesar de que las sanciones internacionales desde principios del siglo XX han debilitado sus capacidades. Sin embargo, las fuerzas iraníes siguen contando con una ventaja considerable en medios y potencialidades con respecto a los Estados árabes de la zona. La presencia militar de EEUU es el único elemento disruptivo para el ejército iraní, ya que sirve de elemento equilibrador de medios en el golfo pérsico/arábigo. Las amenazas para Teherán radican además en la guerra subsidiaria con Israel (Orion, 2018: 32-33), que se traduce en diversas operaciones israelíes contra sus infraestructuras nucleares y personal vinculado a ellas. Aun más, un punto central de la doctrina iraní es la protección de las costas y el estrecho de Ormuz. Evitar cualquier tipo de bloqueo o agresión sobre su territorio, que se traduce también en el desarrollo de un amplio arsenal balístico y drones entre otros.

### **Estrategias de potencias extranjeras**

El marco de seguridad regional está condicionado por la inferencia de potencias extranjeras, que no solo llegan a tener una presencia militar considerable, como es el caso de EEUU, sino que también desempeña una labor clara en la compra y venta de armas, la cooperación en asuntos de inteligencia y formación y, sobre todo, en el respaldo político a los regímenes de la zona. Las estrategias de las seis monarquías árabes, Irán e Irak tienen que contar con el factor que suponen los objetivos e influencia de estadounidenses, chinos, rusos o europeos entre otros. El golfo pérsico/arábigo sigue siendo un área geoestratégica que atrae la atención y el interés de todo tipo de actores internacionales, especialmente, los principales actores estatales del orden mundial. Las diferencias a escala global que existen entre estas grandes potencias también tienen su traslación en la zona, lo que hace que se establezca una relación de mutua condicionalidad.

El protagonismo dentro de las potencias extranjeras en el golfo pérsico/arábigo ha recaído históricamente en EEUU. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el país norteamericano tiene una presencia económica, política y militar sin comparación a otros agentes externos. El entorno ha sido un eje central de la política exterior y de defensa para Washington, que tiene desplegados aproximadamente más de 40 mil soldados (Berger, 2020), con importantes contingentes en Kuwait, Qatar y Bahrein. Sin embargo, la estrategia estadounidense está protagonizando una importante transformación en la última década, que lleva a anunciar un repliegue progresivo con miras hacia otras regiones del mundo como Asia Pacífico. Esta circunstancia es uno de los elementos más incisivos en la agenda de seguridad regional, porque altera por completa las percepciones de amenaza y oportunidad que pueden interpretar los diversos regímenes locales.

La presidencia de Barack Obama abogó por una reformulación completa de la estrategia de su antecesor George W. Bush. Los resultados más visibles fueron su poca incidencia en el desarrollo de las revueltas árabes de 2011, el rechazo a intervenir de forma resolutiva en Siria o Yemen. La apuesta por la Casa Blanca de centrar esfuerzos hacia Asia y frente a China, confirmó a sus aliados árabes de la necesidad de mejorar sus cotas de autonomía defensiva. El presidente Donald Trump pese a mantener una posición más agresiva con Irán realmente no alteró en términos generales la política marcada por su predecesor. El marco de seguridad en el golfo pérsico/arábigo tiene todavía como factor clave a EEUU, pero en el medio y largo plazo este es un elemento que va a difuminarse. De esta forma, la potencia estadounidense va perdiendo progresivamente su cariz de equilibrador de fuerzas en la región, lo que agudiza las percepciones de incertidumbre y volatilidad.

La pérdida de protagonismo estadounidense en el entorno está siendo complementado por dos grandes dinámicas. Primera de ellas, las políticas individuales y unilaterales de los países del área, sobre todo, en la que los tradicionales aliados buscan reducir su dependencia con respecto al apoyo norteamericano. En segundo lugar, por un papel creciente de otras potencias, que encuentran en la región del golfo pérsico/arábigo un espacio idóneo para convertir algunos de sus intereses nacionales. Este es el caso de Rusia y China, que comienzan a proyectar políticas exteriores cada vez más amplias y complejas, que sobrepasan los límites de sus entornos más próximos. Por el momento, se produce la convergencia de objetivos entre los Estados rusos y chinos y los regímenes de la zona, ya que ambos buscan diversificar relaciones y ganar mayor influencia.

La incidencia rusa históricamente ha sido muy reducida en comparación con otras áreas de Oriente Medio, aunque existió un vínculo más estrecho con el Gobierno iraquí durante la Guerra Fría. El decaimiento de la Unión Soviética (URSS) supuso la práctica desaparición o no presencia rusa en la zona. Sin embargo, la reactivación de la agenda internacional por parte del presidente Vladimir Putin deriva también en una aproximación cada vez mayor hacia el golfo pérsico/arábigo. Existen dos conflictos recientes que han ayudado a ese acercamiento de Moscú. Por un lado, la guerra de Afganistán que resulta una cuestión de inseguridad y de relevancia estratégica para Rusia como para Irán y demás países del entorno. Por otro, el conflicto en Siria, donde las fuerzas militares rusas están teniendo un papel crucial en la evolución de la contienda respaldando al régimen de Bashar al Asad, que tiene además como apyos sobre el terreno a Irán y Hizbolá.

Las coyunturas abiertas a principios del siglo XXI han derivado en un acercamiento entre Rusia e Irán, pero ello no es óbice para también una mayor relación de Moscú con otros países de la zona. A pesar de tener intereses en ocasiones contrapuestos en escenarios diversos como Siria, Libia o Afganistán, la diplomacia rusa ha conseguido estrechar vínculos con Arabia Saudí, Qatar o EAU. En este sentido, la potencia rusa emerge como un potencial aliado económico, político y militar, bajo la premisa de querer diversificar relaciones y garantizar mayor respaldo internacional. El Kremlin está comenzando a transformar su rol en el golfo pérsico/arábigo más allá de puntual socio comercial y de intereses energéticos compartido. Rusia se proyecta en la agenda de seguridad con sus propias propuestas y acuerdos para el entorno (Kozhanov, 2021), lo que permite erigirse como un potencial aliado e interlocutor preferente frente al repliegue de otras potencias.

China constituye la otra gran potencia extranjera emergente en el golfo pérsico/arábigo, que está aumentando paulatinamente su rol en la zona y, particularmente, teniendo una incidencia directa sobre las agendas de seguridad. La aproximación del hegemon chino hacia la región comenzó a realizar de forma clara a finales del siglo XX, que coincide con el crecimiento económico del Estado chino y su expansión comercial internacional. Los objetivos iniciales de Pekín no tienen un cariz tan político como podrían ser las de EEUU o Rusia, pero sigue siendo un enclave estratégico para los intereses chinos. El desarrollo de la *Belt and Road Initiative* (Garlick y Havlová, 2020: 97-98), tiene en países como Irán o Arabia Saudí un punto clave para su expansión global. La atención creciente china se traduce en prolíferos convenios comerciales, que tienen como pivote central el abastecimientos de hidrocarburos, pero que exigen un constante equilibrio de intereses.

China tiene una incidencia singular en la agenda de seguridad por varios motivos. En primer término, la potencia asiática ha sido un apoyo relevante para el régimen iraní frente a las sanciones y bloqueo internacional liderado por EEUU, ya que es junto a Rusia importante socio comercial iraní y también suministrador de armas. A pesar de esta inicial aproximación hacia Irán, desde Pekín también se están implementando redes similares con Irak y otras monarquías árabes. El principio chino es de mantener una relación de conveniencia y no injerencia, que está vehiculizada en diversos conciertos económicos y también de seguridad. La premisa de no intromisión china se traduce en una política de ambigüedad y de calculada neutralidad con respecto a los principales focos de conflicto en la zona, así como tampoco no injerencia en los asuntos doméstico de cada país. Sin embargo, para el régimen comunista es imprescindible garantizar cotas de estabilidad.

La importancia de la Unión Europea (UE) y Reino Unido es decreciente en el golfo pérsico/arábigo. Las potencias europeas fueron tras EEUU los polos que habían ejercido mayor influencia en la región y sobre los regímenes locales. Este tipo de presencia se traduce en dos ámbitos. Por un lado, el estatal, en el que cada país tiene establecido sus propios vínculos de cooperación en seguridad. Las Fuerzas Armadas británicas tienen bases en Bahrein, Qatar y Omán con la finalidad de proteger la libre circulación en el entorno de Ormuz y golfo de Adén. Francia también desde el año 2009 un base aérea en EAU. A todo ello, hay que sumar los diversos acuerdos de colaboración y venta de armas, donde Reino Unido, Francia, España o Alemania se encuentran entre los principales proveedores para la zona. Por otro, existe una cooperación multilateral que se establece principalmente a través de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

A principios del siglo XXI y frente a la amenaza terrorista, desde la Alianza noratlántica se intentó potenciar la Iniciativa de Cooperación de Estambul de 2004, que pretende mejorar la cooperación con países de Oriente Medio en cuestiones de asistencia militar, lucha contra el terrorismo, formación y ejercicios conjuntos entre otros puntos (Keshk, 2021: 42-43). El programa cuenta con la participación de cuatro monarquías: Bahrein, Qatar, EAU y Kuwait. En el caso de Arabia Saudí y Omán no están incluidas, aunque participan en algunas actividades dentro de la Iniciativa. El propósito inicial fue mejorar los márgenes de confianza entre ambas partes y trabajar de forma conjunta en problemas, que afectan a la estabilidad regional e internacional. La coordinación entre los miembros de la OTAN y el GCC no se limita solo al golfo pérsico/arábigo sino también a otras áreas cercanas como el cuerno de África. Este tipo de mecanismos multilaterales se desarrollan de forma complementarias al acercamiento con otras potencias como Rusia o China.

## Conclusión

Los marcos de seguridad en la región del golfo pérsico/arábigo están determinados por una sucesión de temas o dinámicas principales, que están presentes desde hace tiempo, o bien, que han surgido en la última década tomando a partir las revueltas de 2011. Este período de confluencia entre problemas o fricciones estructurales y nuevas crisis genera un contexto de profunda incertidumbre en la zona, que se encuadra dentro de un período de transformación en el conjunto de Oriente Medio y la propia Sociedad Internacional. En este sentido, los Estados de la zona y las potencias extranjeras están condicionadas a redefinir sus objetivos y estrategias. La característica principal de esta nueva fase es que todavía no están definidos elementos centrales para generar cierto grado de estabilidad y confianza como pueden ser principales focos de amenaza, proyección de una agenda común o consensuada y el establecimiento de mecanismos de colaboración y asistencia.

La seguridad en el golfo pérsico/arábigo está caracterizada en la última década por la rivalidad y tensión. Los rasgos definatorios que estructuran las relaciones regionales a finales del siglo XX y principios del XXI se han difuminado. Coexisten amenazas persistentes como el terrorismo, la fragilidad interna en Irak o la disputa por el estrecho de Ormuz, con otras dinámicas más actuales como la división interna en el CCG, el papel menguante de EEUU, la incidencia de más potencias extranjeras o la amenaza para los regímenes políticos de movilizaciones y revueltas. El mapa de seguridad y estabilidad en el entorno es más complejo que en el pasado tanto por el número de posibles amenazas como por los actores implicados. La respuesta de los Estados está siendo de carácter unilateral, donde cada uno intenta implementar su propia estrategia, que está conduciendo a una militarización de la zona y una mayor desconfianza y percepción de vulnerabilidad.

El nuevo marco de seguridad en el golfo pérsico/arábigo en el medio y largo plazo tendrá que resolver varios ejes centrales. Por un lado, el papel de Irán en la región y la relación que mantenga con otros actores, especialmente Arabia Saudí. Por otro lado, la necesidad de activar agendas comunes de colaboración para atender problemas que afectan de manera general, de nuevo, la amenaza terrorista o el control de Ormuz. Ello debe derivar necesariamente en el establecimiento de nuevos estándares de defensa colectiva, a pesar de la crisis interna en el CCG. En último lugar, tiene que plantearse un escenario que no tenga una involucración tan relevante de EEUU, lo que significa una recomposición de las fuerzas y capacidades militares en la zona. Todo ello, partiendo del hecho de que cualquier incidente o crisis interna puede tener una derivada en el conjunto del área, lo que expone la estrecha vinculación entre estabilidad interna y seguridad regional.

## Bibliografía

Álvarez-Ossorio, Ignacio y Rodríguez, Leticia. 2021. «The foreign policy of Qatar: from a mediating role to an active». *Revista Española de Ciencia Política*. Núm. 56. Julio 2021. pp. 07-120. Doi: <https://doi.org/10.21308/recp.56.04>

Berger, Miriam. 2020. «Where U.S. troops are in the Middle East and Afghanistan». *The Washington Post*. January 4, 2020. Disponible en: [https://www.washingtonpost.com/world/where-us-troops-are-in-the-middle-east-and-could-now-be-a-target-visualized/2020/01/04/1a6233ee-2f3c-11ea-9b60-817cc18cf173\\_story.html](https://www.washingtonpost.com/world/where-us-troops-are-in-the-middle-east-and-could-now-be-a-target-visualized/2020/01/04/1a6233ee-2f3c-11ea-9b60-817cc18cf173_story.html)

Bin Hethlain, Naif. 2010. *Saudi Arabia and the US since 1962. Allies in conflict*. Saqui books, London.

Calvillo, José Miguel. 2022. «El rol de las potencias internacionales y regionales en Afganistán. el regreso del “gran juego”». *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 7(1), pp. 81-99.

Domínguez de Olázabal, Itxaso. y Hernández, David. 2021. «La política exterior de Arabia Saudí: equilibrio entre factores domésticos y externos». *Revista Española de Ciencia Política*. Núm. 56. Julio 2021. pp. 21-47. Doi: <https://doi.org/10.21308/recp.56.01>

Garlick, Jeremy y Havlová, Radka. 2020. «China’s “Belt and Road” Economic diplomacy in the Persian Gulf: strategic hedging amidst saudí-iranian regional rivalry» *Journal of Current Chinese Affairs*. Vol. 49(1) 2020, pp. 82-105.

González del Miño, Paloma. 2018. «La competitividad geoestratégica Irán-Arabia Saudí en Oriente Medio. Rivalidad entre potencias regionales» *Política y Sociedad*. 55(3) 2018, pp. 733-753. Doi: <https://doi.org/10.5209/POSO.58321>

Guirado, Javier. y Gutiérrez de Terán, Ignacio. 2021. «Emiratos Árabes Unidos en Oriente Medio. Antiislamismo, militarismo y estrategia de presión múltiple». *Revista Española de Ciencia Política*. Núm. 56. Julio 2021. pp. 71-96. Doi: <https://doi.org/10.21308/recp.56.03>

Hassan, Islam. 2020. «Between anarchy and arms race: a security dilemma in the Persian Gulf» Kamrava, Mehran. (ed.): *Routledge handbook of Persian Gulf politics*. New York: Routledge. Doi: <https://doi.org/10.4324/9780429201981-29>

Hernández, David. 2022. «La política de defensa de Arabia Saudí en el nuevo contexto regional de Oriente Medio». *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 7(1), pp. 25-39.

Hernández, David. 2019. *La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio. Objetivos y estrategias regionales (2011-2016)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

IEA. U.S Energy Information Agency. 2019. «The Strait of Hormuz is the world's most important oil transit chokepoint» *U.S. Energy Information Agency*. June 20, 2019. Disponible en: <https://www.eia.gov/todayinenergy/detail.php?id=39932>

Katzman, Kenneth. 2022. «Oman: politics, security and U.S. policy». *CRS Report* . June 1, 2022. Disponible en: <https://sgp.fas.org/crs/mideast/RS21534.pdf>

Keshk, Ashraf Mohammed. 2021. *NATO and the Gulf Countries An Analysis of the Fifteen Year Strategic Partnership*. Singapore, Springer.

Khodr, Hiba. 2014. «A preliminary comparative study of policy making in two GCC countries-Qatar and Kuwait: processes, politics, and participants». *Politics & Policy*, Volume 42, N°2 (2014), pp.271-310.

Kozhanov, Nikolay. 2021. «Russia and the Issue of New Security Architecture for the Persian Gulf. *London School of Economics and Political Science*. August 4th, 2021.

Disponible en: <https://blogs.lse.ac.uk/mec/2021/08/04/russia-and-the-issue-of-a-new-security-architecture-for-the-persian-gulf/>

Lacey, Robert. 2009. *Inside the Kingdom. Kings, clerics, modernists, terrorists and the struggle for Saudi Arabia*. Hutchinson, New York.

Matthiesen, Toby. 2014. *Sectarian gulf. Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab spring that wasn't*. Stanford: Stanford Briefs.

Nadimi, Farzin. 2021. «The IRGC and the Persian gulf región in a periodo of contested deterrence». *The Middle East Institute*. November 2021. Disponible en: <https://www.mei.edu/publications/irgc-and-persian-gulf-region-period-contested-deterrence>

Pfiffner, James. P. 2010. «US Blunders in Iraq: De-Baathification and Disbanding the Army». *Intelligence and National Security*, Volume 25, N°1 (2010), pp.76-85.

Orion, Assaf. 2018. «The response to the Iranian Proxy War: Jerusalem's Power vs. the Quds Force». *Strategic Assessment*, Volume 21, N°2, July 2018, pp.28-40.

Soler i Lecha, Eduard. 2016. «Alianza líquidas en Oriente Medio». *Anuario Internacional 2016-2017*. CIDOB, Barcelona, pp. 148-156.

Ulrichsen, Kristian Coates. 2014. «Bahrain's uprising: domestic implications and regional and international perspectives». Gerges, Fawaz. A. (ed.): *The new Middle East. Protest and revolution in the Arab world*. Cambridge University Press, New York.